

complementarios puntos de vista el origen de la arqueología española en el siglo ilustrado y el marco que ofreció la monarquía, con una especial incidencia en la figura del Rey Carlos III de España, “el rey arqueólogo”. Según recuerda en la segunda presentación José Rodríguez-Spiteri, Presidente de Patrimonio Nacional, el origen de este importante libro hay que buscarlo en la exposición celebrada en Madrid, dos años antes, en 2010, bajo el título *Corona y Arqueología en el Siglo de las Luces*, que –comisariada por los mismos editores de este volumen– se acompañaba también de un espléndido catálogo con diversos e interesantes estudios introductorios al catálogo de piezas (Almagro-Gorbea, A. y Maier Allende, J., eds., *Corona y Arqueología en el Siglo de las Luces*, Madrid, 2010), pues: “La relevancia cultural del evento hizo que se decidiera complementar el catálogo con una monografía especializada coordinada desde la Real Academia de la Historia con la participación de los mejores especialistas...” (p. 11).

Ya se apuntan en esas palabras dos de las características que definen la obra que comentamos, su vinculación a las publicaciones de la Real Academia de la Historia y la amplitud y excelencia de las aportaciones, que reúnen en veinte capítulos a veintidós investigadores españoles de universidades y otras instituciones que analizan la arqueología dieciochesca española desde muy diferentes –pero ciertamente complementarias– perspectivas, incluyendo además temas de tanto interés como su relación con Italia (Herculano y *Paestum*) y su proyección en el mundo de la América española. Constituye este volumen el tomo veintitrés de la serie *Antiquaria Hispánica*, que edita el Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia. Justo es valorar el inmenso esfuerzo de estudio y divulgación que ese Gabinete de Antigüedades, con la coordinación de M. Almagro-Gorbea, Anticuario Perpetuo de la institución, realiza desde hace algunos lustros, ya que se trata del proyecto más destacado realizado en el ámbito de la historiografía arqueológica en nuestro país, por su continuidad y logros, de gran trascendencia. Solo hay que referir, en primer lugar, la serie de publicaciones sacadas a la luz, que afectan a la historia de la propia Real Academia de la Historia y a su labor tutelar de la arqueología española en los siglos XVIII y XIX, dentro de las diversas series de *Catálogos del Gabinete de Antigüedades*, referidas a *Antigüedades* (nueve monografías publicadas y una en prensa), *Monedas y Medallas* (ocho monografías publicadas y cinco en preparación), *Esculturas, Cuadros y Grabados* (una publicada y tres en preparación) y, sobre todo, *Documentación*, donde se ha publicado la documentación de los archivos del Gabinete de Antigüedades, del Numario y de la Colección de Pintura y Escultura (tres monografías publicadas, respectivamente) y del archivo de la Comisión de Antigüedades (catorce monografías publicadas, según Comunidades Autónomas actuales, que asimismo pueden ser consultadas *on line*, en la página web de la Academia –www.rah.es/gabineteAntiguedades.htm, así como en el portal: <http://www.cervantesvirtual.com/bib/portal/antigua/arqueologia.shtml>– y que es un instrumento imprescindible para los temas de historiografía arqueológica en España), así como de las noticias que sobre antigüedades existen en las actas de las sesiones (tres monografías publicadas y una en preparación). A todo ello se suman las veinticuatro monografías de la serie *Antiquaria Hispánica* –de la que este volumen ocupa el puesto veintitrés, como se dijo–, en que se han tratado diversos temas de historiografía arqueológica desde el siglo XVIII al siglo XX. En resumen, un empeño bibliográfico iniciado en el año 1999 y que en estos quince años ha impulsado de manera muy significativa y sistemática esta línea de investigación en la

ALMAGRO-GORBEA, M. y MAIER ALLENDE, J. (eds.), *De Pompeya al Nuevo Mundo. La Corona española y la Arqueología en el siglo XVIII*, Real Academia de la Historia y Patrimonio Nacional, Madrid, 2012, 421 pp., ilustraciones en color ISBN 978-84-15069-38-6.

Como Gonzalo Anes, Director de la Real Academia de la Historia, indica en una de las presentaciones del volumen, esta institución nació bajo el reinado de Felipe V por impulso de los nuevos aires ilustrados que la nueva dinastía Borbónica trajo a España en el siglo XVIII. De ahí, el interés e importancia del tema del libro para las dos instituciones editoras, la misma Real Academia de la Historia y Patrimonio Nacional: se trata de analizar por destacados especialistas desde muy diversos y

arqueología española, ya que tampoco debemos olvidar que esta –al menos durante los siglos XVIII y XIX– estuvo especialmente vinculada a la Real Academia de la Historia, protagonista de su historia y en cuyos archivos y documentos hay que indagar para hacer la historia de la disciplina en ese período. Por otro lado, es un modelo de trabajo que debía ser imitado por otras instituciones que cuentan también con importantes fondos documentales en ese mismo ámbito.

Martín Almagro-Gorbea trata en el primer capítulo cuáles fueron los intereses de la Corona Borbónica española durante el siglo XVIII que sustentaron su apoyo al estudio de las antigüedades (pp. 17-31), a partir sobre todo de las nuevas instituciones culturales que promocionaron, en concreto la Real Academia de la Historia y la de Tres Nobles Artes, convertida posteriormente en Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, bajo la trascendental figura de Carlos III. También esa proyección institucional tuvo su reflejo en los territorios iberoamericanos, sobre todo en el Virreinato de Nueva España, con la creación de la Real Academia de San Carlos, en México, y el impulso de actividades de estudios sobre los restos arqueológicos de las culturas precolombinas, aztecas, mayas, incas. Miguel Ángel Elvira analiza en ese mismo ámbito regio las colecciones reales de escultura clásica (pp. 32-51) y las interpretaciones que tuvieron determinadas piezas a lo largo de la centuria, desde los intereses puramente iconográficos en la primera mitad del siglo hasta planteamientos de estilo durante la segunda mitad, acorde con el desarrollo de los nuevos planteamientos winckelmannianos en el campo de la estatuaria clásica. La incorporación de las antiguas colecciones de Cristina de Suecia y el Marqués del Carpio por Felipe V supusieron la conformación de un importante conjunto estatuario inexistente hasta aquel momento en las colecciones regias, acorde con los nuevos planteamientos de los Borbones, que se complementará en época de Carlos III con otras adquisiciones; colecciones que el siglo XIX pasarán a formar parte de los fondos del Museo del Prado.

Juan Manuel Abascal trata a continuación el tema de los “viajes literarios”, desde el reinado de Fernando VI, en que la Real Academia de la Historia promociona el del Marqués de Valdeflores, pasando revista a otros posteriores como los de Antonio Ponz, José Cornide o los hermanos Villanueva (pp. 52-69); aquella institución y, posteriormente, la Real Academia de Bellas Artes emitirán una serie de instrucciones para llevar a cabo tales proyectos arqueológicos que son del mayor interés para el análisis del desarrollo de la arqueología ilustrada en España. A continuación Gloria Mora trata el fenómeno del coleccionismo de antigüedades en España fuera de la esfera regia (pp. 70-79), destacando las colecciones nobiliarias, civiles y eclesiásticas, como las de José Nicolás de Azara o el cardenal Despuig, formadas en Italia, así como las colecciones de piezas españolas, entre las que sobresalen las andaluzas y donde los actividades coleccionistas se sustentaban en intereses eruditos (Villacevallas, Tyrry, Bruna). María del Carmen Alonso nos introduce de nuevo en la esfera regia, con la figura de Carlos III (pp. 80-91), pero como rey Carlos VII de las Dos Sicilias y su protagonismo como impulsor de los trabajos arqueológicos en Herculano, Pompeya y Estabia, su principal proyecto cultural en su etapa italiana (1734-1759); ello se completó con la creación de la Accademia Ercolanese y el Museo Ercolanese en Portici, cuyos miembros fueron a su vez impulsores de la serie de libros de *Le Antichità di Ercolano*, destacados para la época. Para el mismo territorio italiano Pedro Monleón aporta otro aspecto del máximo interés en la arqueología europea del XVIII, el “descu-

brimiento” de la arqueología griega (pp. 92-109), que si a nivel teórico tiene en la figura de Winckelmann su máxima expresión, a nivel práctico comienza con Paestum y sus templos griegos. El autor analiza a partir de libros e imágenes, de italianos (Gazzola, Paoli), ingleses (Longfield, Major) y franceses (Dumont, Delagardette), que son asimismo exponentes de la ampliación del Grand Tour desde Nápoles y las ciudades campanas hasta esta antigua colonia griega. También se centra en Italia el trabajo de José María Luzón, pero referido al tema de la presencia de los artistas, arquitectos y anticuarios españoles (pp. 110-121), desde el análisis de los pensionados españoles, protegidos por Nicolás de Azara, hasta la de los jesuitas expulsados de España o viajeros como Antonio Ponz.

Por el contrario, en España se considera a Itálica “la Pompeya española”, según analiza José Manuel Rodríguez Hidalgo (pp. 123-141), quien lleva a cabo un repaso a todo el proceso de su descubrimiento previo al XVIII hasta concluir en las “excavaciones” de los propios monjes de San Isidoro del Campo, que eran los propietarios de las ruinas, y de otros ilustrados de Sevilla como Francisco de Bruna, quien conformó un importante museo arqueológico en los Reales Alcázares de Sevilla, sobre todo con esculturas y epígrafes. Precisamente a los estudios de la epigrafía romana en España se dedica el siguiente capítulo (pp. 142-155), de Helena Gimeno, constituyendo una de las principales actividades de los anticuarios españoles, entre los que puede citarse a Gregorio Mayans o al Marqués de Valdeflores, si bien destaca la autora especialmente los proyectos de elaboración de *corpora* epigráficos impulsados desde la Real Academia de la Historia, pero que fueron infructuosos. Isabel Rodríguez Casanova trata en el siguiente capítulo el otro ámbito complementario del estudio de las antigüedades, el de la Numismática (pp. 156-171), desde la doble faceta del coleccionismo de monedas y de su estudio, que en el caso español se concentraba especialmente en las llamadas monedas de “alfabetos desconocidos”, sobresaliendo los trabajos del ya citado Marqués de Valdeflores, Francisco Pérez Bayer o el padre Enrique Flórez. El estudio geográfico del antiguo territorio hispanorromano presenta un apartado especial en el campo de la cartografía histórica, como presenta Carmen Manso (pp. 172-195), quien analiza en concreto los mapas de *Hispania* de la *España Sagrada* del referido Enrique Flórez, los del anticuario José Cornide o el geógrafo Juan López y, finalmente, los de Ambrosio Rui Bamba para ilustrar la *Geografía* de Ptolomeo.

Un campo totalmente diverso y novedoso lo presenta Marco de la Rasilla cuando trata del “descubrimiento” del arte prehistórico en España (pp. 196-203), pero para el que lógicamente aún no se presentaba una interpretación correcta de su adscripción cultural y cronología, aunque es significativo el esfuerzo de recuperación patrimonial mediante su descripción y documentación gráfica, como testimonian los famosos dibujos de Fernando José López de Cárdenas de las pinturas rupestres de Fuencaliente (Ciudad Real). En esta misma línea de culturas no clásicas, Alfredo Mederos analiza el interés que despertó en el XVIII el estudio del mundo fenicio en la Península Ibérica (pp. 204-215), centrado especialmente en el comentario de las referencias literarias, pero donde ya se abre al estudio de las monedas con leyendas púnicas o a la recogida y estudio de materiales arqueológicos, según lleva a cabo Francisco Pérez Bayer, por ejemplo. Otro ámbito de interés es el de la arqueología cristiana, como estudian Ramón Corzo y Miguel Ángel García (pp. 216-227), que se caracteriza en España por la necesidad de llevar a cabo la crítica historiográfica, a la vez que documenta y estudia elementos arqueológicos

de diversa índole (basílicas, sarcófagos) y epigráficos. En esta misma orientación Antonio Almagro y Jorge Maier pasan revista a los inicios de la arqueología islámica (pp. 228-243), que tiene una temprana y lógica presencia en España basada en el estudio y coleccionismo de monedas e inscripciones, pero que se desarrolló especialmente en el importante proyecto de documentación gráfica realizado especialmente en la Alhambra de Granada. Asimismo las antigüedades hebreas fueron fruto de interés en el siglo XVIII en España, como presenta Jorge A. Eiroa (pp. 244-253), especialmente en lo referido a la epigrafía, la numismática (“monedas judías”), al problema de las falsificaciones y, en el ámbito monumental, en el estudio de la sinagoga del Tránsito de Toledo. Finalmente, otro apartado importante de la arqueología del XVIII lo suponen las investigaciones en la América española, según trata Paz Cabello (pp. 254-279), que constituye un capítulo singular y muy importante de nuestra arqueología ilustrada en la segunda mitad del siglo, con excavaciones arqueológicas y expediciones científicas especialmente en Perú y México, destacando las ruinas mayas de Palenque, que generaron un gran conjunto documental y coleccionista. El siguiente capítulo complementa la valoración de la actividad científica española en América en el XVIII a partir del análisis de las figuras de Wilhelm y Alexander von Humboldt, que llevan a cabo Sandra Rebok, Miguel Ángel Puig-Samper.

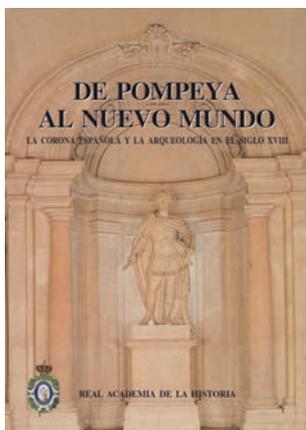
El siguiente capítulo, realizado por Alicia M. Canto, estudia el desarrollo de la arqueología española bajo el reinado de Carlos IV y la labor del valido Manuel Godoy (pp. 298-331), con la tesis reivindicativa de que realmente fue entonces cuando se lograron los máximos niveles, minimizando los períodos de Fernando VI y Carlos III, que asimismo se analizan contrastando los resultados obtenidos en cada fase. Es cierto que en los últimos decenios del siglo XVIII se obtienen los máximos resultados bajo el apoyo institucional de

la Corona y las instituciones reales –destacando las Academias–, pero asimismo tampoco puede obviarse la importante tarea desarrollada hasta entonces, sin las que no se hubiera podido culminar el proceso. En efecto, una valoración más ajustada para todo el período ilustrado del desarrollo de la anticuaría en España lleva a cabo Jorge Maier en el último capítulo del libro (pp. 332-360), dedicado a la relación entre la Corona Borbónica y la institucionalización de la arqueología, en un proceso culminado lógicamente en el reinado de Carlos IV, cuando –ya en el nuevo siglo– se emite la importante Real Cédula de 1802, que instruye a la Real Academia de la Historia *sobre el modo de recoger y conservar los monumentos antiguos descubiertos y que se descubren en el Reyno*, que significaba el ejemplo más depurado de aquellas políticas borbónicas ilustradas de tutela patrimonial que habían animado el siglo XVIII.

El libro se cierra con un destacado y amplio capítulo de bibliografía (pp. 361-391), exponente del enorme desarrollo que en los últimos decenios ha tenido la Historiografía Arqueológica también en España; y otro apartado de índices, onomásticos, de lugares e instituciones y de figuras (pp. 393-421), imprescindibles en una obra de este tipo y densidad de datos. Junto a la calidad del fondo en todos los trabajos reseñados, cabe destacar asimismo la calidad de la forma en que se ha editado. Cabe destacar muy especialmente la abundancia y calidad de las ilustraciones recogidas en el volumen, que rondan las 250, y que constituyen un bagaje documental complementario del texto de gran significado para el tema, estando perfectamente editadas. Se convierte, en suma, en un trabajo imprescindible para el estudio de la arqueología española del XVIII, así como de manera más general para la historia del pensamiento y la cultura ilustrada durante esa centuria en España.

JOSÉ BELTRÁN FORTES
Universidad de Sevilla

RECENSIONES



Martín Almagro-Gorbea y Jorge Maier Allende (eds.):
De Pompeya al Nuevo Mundo. La Corona española y la Arqueología en el siglo XVIII. Real Academia de la Historia y Patrimonio Nacional – Publicaciones del Gabinete de la Real Academia de la Historia:
Antiquaria Hispanica 23, Madrid, 2012

424 p. + il.; ISBN 978-84-15069-38-6 Nipo 006-12-005-1

Bartolomé Mora Serrano

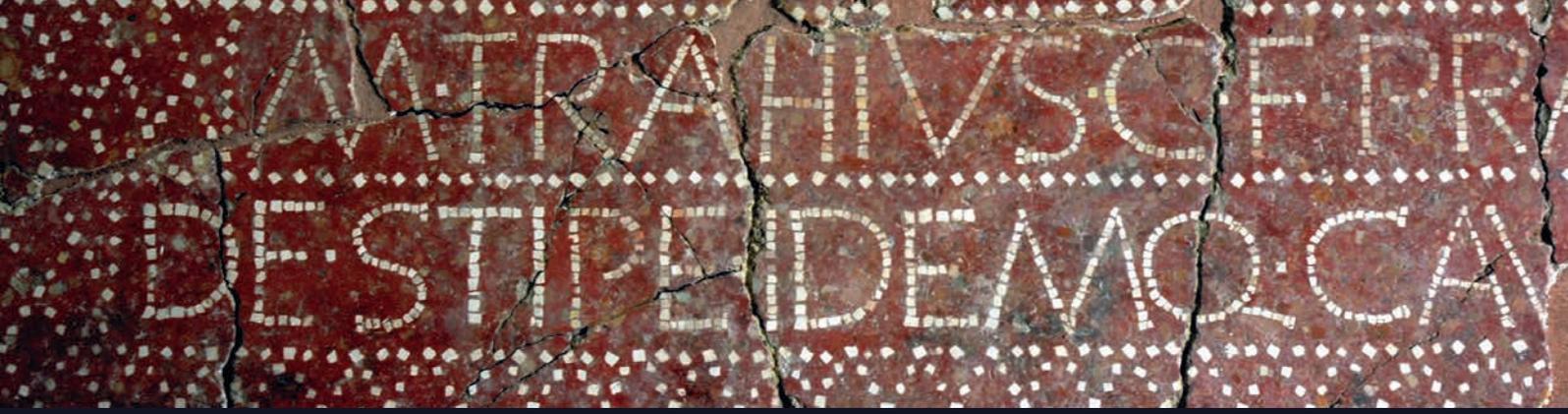
Dpto. de Arqueología e Hª Medieval – Universidad de Málaga
[barmora@uma.es]

Cuando los comentarios sobre esta interesante publicación vean la luz, habrá sido posible visitar la gran exposición que sobre la Arqueología Vesubiana ha tenido lugar en Madrid desde finales de 2012. Aunque este importante acontecimiento cultural se ha visto acompañado de un buen catálogo, es indudable que la obra editada por Martín Almagro-Gorbea y Jorge Maier Allende se ha convertido, gracias a esta feliz coincidencia, en un complemento ideal para un público especializado.

A lo largo de sus poco más de cuatrocientas páginas son muchos los apartados y aspectos abordados por un nutrido grupo de especialistas que colaboran en esta obra de referencia para el estudio de la Arqueología hispana durante el siglo XVIII, una de cuyas figuras más señeras fue Carlos III, justamente calificado aquí como 'Rey arqueólogo' (p. 22 ss.). Patrocinada esta publicación por la Real

Academia de la Historia, Patrimonio Real y la Fundación Banco Santander —activa colaboradora esta última en las excavaciones españolas en Villa Adriana, Tivoli—, la edición de la Real Academia de la Historia y en concreto de su Gabinete de Antigüedades es otro buen ejemplo de la larga e intensa labor de esta institución en el estudio de la Historiografía de la Arqueología hispánica.

Tras las presentaciones e introducción de rigor (pp. 9-15), se suceden una veintena de contribuciones que pretenden, y en nuestra opinión consiguen, mostrar las transformaciones que en la política cultural española del XVIII son consecuencia de los descubrimientos y posterior interpretación que a partir de 1738 se inician en Herculano, y que afianzan todavía más las estrechas relaciones entre España e Italia en los estudios artístico-anticuarios durante la Ilustración.



ITÁLICA 02

Aún siendo la Arqueología el centro de esta obra de conjunto, M. Almagro-Gorbea (17-31) destaca el papel trascendental jugado por la monarquía en el patronazgo y difusión de los grandes descubrimientos arqueológicos del entorno napolitano, que no pueden valorarse en su justa medida sin atender a su encaje en la política cultural de la época. Pero sobre todo también era una oportunidad de proyectar al resto de las naciones y potencias europeas una imagen de prestigio de la Corona de España. Las excavaciones de Herculano y de las otras ciudades vesubianas transforman la visión y buena parte también de los conocimientos sobre la arqueología romana, además de contribuir decididamente a acelerar el triunfo del movimiento neoclásico al que contribuyen las aportaciones de J. Winckelmann y R. Mengs, conocedores directos de estos hallazgos (p. 24).

La primera etapa de esta gran empresa arqueológica de Carlos de Borbón se concreta en su reinado en Nápoles, analizada por M. C. Alonso (pp. 81-91). Desde el inicio de las exploraciones intensivas en los pozos y galerías en el subsuelo de Resina, entre agosto y octubre de 1738, hasta 1759 con su traslado a España, transcurren unos años intensos en cuanto a descubrimientos deslumbrantes, pero también de una actividad igualmente sobresaliente sobre todo para épocas posteriores como las labores de restauración de pinturas y papiros comandadas por Canart y Piaggio,

sólo en parte aligeradas de las muchas veces injustas, o excesivas al menos, críticas que sobre estos trabajos vertieron afamados personajes como Winckelmann (p. 90; *vid. Luzón p.120*), y que en parte pueden justificarse por el celo con el que se mostraron a un público interesado e influyente tan magníficas piezas arqueológicas que sólo la *Accademia Ercolanese* tenía el privilegio de publicar.

Junto a las ciudades vesubianas, el esplendor de los monumentos antiguos del sur de Italia difícilmente podría centrarse en uno en concreto, pero injusto sería desde luego olvidar el caso de *Paestum*, analizado por P. Moleón Gavilanes (pp. 93-109). Esta imagen de prestigio será tratada desde diferentes puntos de vista y por personajes de diversa procedencia y formación, entre los que destacó Paulantonio Paoli, quien bajo la protección del conde de Gazzola publicará uno de los más famosos estudios sobre esta ciudad magnogriega, cómo no dedicada a Carlos III. Una obra de azarosa composición y tardía impresión —en 1784—, lo que explica su influencia en otros trabajos publicados con anterioridad tanto en Italia como en Francia e Inglaterra.

En cuanto a España, también en el siglo XVIII se intensifica la exploración en antiguas ciudades que ofrecían además bellas estampas de su glorioso pasado clásico. Ejemplos de todo ello encontramos en la famosa Murviedro-Sagunto,

donde sobresale su teatro, al igual que en Ronda la Vieja, antigua Acinipo, pero quizás uno de los ejemplos más conocidos sea el de Itálica. Verdadera imagen de prestigio de la arqueología española, no resulta extraño que en algunos momentos de su largo devenir como deshabitado rico en materiales antiguos, el yacimiento arqueológico haya sido calificado como la Pompeya Española. J. M. Rodríguez Hidalgo (pp. 123-141), expone la evolución que ha sufrido este emblemático yacimiento a lo largo de la historia, tomando como punto de partida la Exposición Iberoamericana celebrada en Sevilla en 1929. Pero su fama tiene un origen muy anterior, ligado primero al recuerdo de su sede episcopal y a la figura de San Isidoro en la Edad Media, y desde el Renacimiento a su encarnación como muestra evidente de la primacía de la Bética romana respecto al todavía reciente pasado islámico (p. 126). Un aspecto que se destaca en este trabajo es el abundante material gráfico que sobre estas ruinas, capitalizadas por su imponente anfiteatro, se difunde por España y otros países europeos. Pero paradójicamente a su mejor conocimiento y valoración en el XVIII, la mayor erudición con la que se aborda su estudio corre pareja a importantes destrozos, de los que son buen ejemplo las sucesivas autorizaciones para la explotación de las ruinas italicenses como canteras (pp. 132-134). En cuanto a las primeras exploraciones, se comentan los trabajos de Martí, Zevallos y Bruna,

como ejemplo de la típica coexistencia entre el clero erudito y los gobernantes ilustrados. Sus trabajos son todavía una fuente primordial para el conocimiento del yacimiento.

La estrecha relación entre Italia y España en el campo de las Bellas Artes durante el siglo XVIII es abordada por J. M. Luzón Nogué (pp. 111-121), quien destaca las diferencias y similitudes de este acercamiento en comparación con otros países europeos, como sucede por ejemplo con el Grand Tour. No obstante sí que se destaca el interés de la Corona Española por enviar pensionados a Roma, el centro cultural de Europa en estos momentos, a jóvenes prometedores para su mejor formación en pintura, escultura y arquitectura, todo ello en el marco de la pretendida renovación cultural y artística proyectada por los Borbones. Se estudia la trayectoria de activos personajes como Francisco Preciado, importante apoyo para los pensionados y artistas españoles en la capital romana, junto con otras más conocidas como el embajador Nicolás de Azara, cuya cultura y gustos coleccionistas rivalizaban con su gran influencia política (pp. 112-114,). En cuanto a las inquietudes anticuarias relacionadas con el reconocimiento y excavación de yacimientos o monumentos antiguos, destaca la figura de Pedro José Márquez, estudioso de la arquitectura romana que promueve, alentado por Azara, excavaciones en diferentes *villae* imperiales, y desde luego la de Antonio Ponz, figura clave en la recepción del nuevo gusto neoclásico a su regreso a España en 1760.

Este nuevo gusto neoclásico afectó decididamente a la interpretación y estudio del arte clásico, en el que la escultura constituía todavía uno de sus pilares. M. A. Elvira Barba (33-51) estudia este fenómeno a través de la rica colección escultórica del Museo del Prado, centrada en las colecciones adquiridas durante los reinados de Felipe V y Carlos III, en su día instaladas en el Palacio Real de Madrid y en la Granja de San Ildefonso, principalmente. Una tarea tan importante como dificultosa fue

la identificación de las procedencias de cada una de estas obras, como elemento clave para su análisis en el contexto de los gustos coleccionistas entre el Barroco Tardío y el Neoclasicismo. Tomando como pretexto algunas obras selectas de importantes colecciones como la de Cristina de Suecia, se constata el gran avance que experimenta la interpretación iconológica —y sobre todo también estilística que desarrolla Winckelmann— de la escultura antigua a partir de la segunda mitad del XVIII, muchas veces entorpecida por erróneas restauraciones, como se ilustra en el caso del Diadúmeno, en su día tenido por Ptolomeo I o incluso Antínoo (p. 38-40). La apresurada lectura de las fuentes literarias y de otras iconográficas de gran peso como las monedas antiguas o medallas, explican muchas veces el origen de algunas de estas erróneas identificaciones, e indirectamente viene a reafirmar el gran peso que ejerció la numismática en los estudios anticuarios.

Precisamente, este afán colector de obras antiguas tiene en la moneda, inscripciones y otros objetos uno de sus primeros y, en general, más socorridos agentes como bien explica G. Mora (pp. 71-79). El universo coleccionista en la España del XVIII es muy complejo, pues se entremezclan conceptos bien diferentes pero que sin embargo se complementan, como gusto, prestigio y e interés político, además de un incipiente espíritu científico que se manifiesta en las primeras recopilaciones sistemáticas de colecciones como la cordobesa de Pedro Leonardo de Villaceballos. Aún teniendo en cuenta los importantes precedentes que en este campo suponen las colecciones e intereses eruditos de los “amadores de la Antigüedad”, la llegada de los Borbones a España coincide con un cambio de orientación en el coleccionismo europeo. Una interesante colección fue la que albergó el Real Gabinete de Historia Natural, que ya contenía hallazgos y materiales singulares como el tesoro de la Alcudia de Elche u objetos procedentes de exploraciones arqueológicas en diferentes yacimientos iberoamericanos. Pero sin

duda en este ambiente coleccionista, y dirigido por una política cultural que pretendía prestigiar a la Monarquía y al mismo tiempo contribuir a la Historia de España, la Real Academia de la Historia y sus colecciones de antigüedades, conviven con otras privadas de muy diferente entidad como las de Antonio Despuig y Nicolás de Azara. Se resalta la modestia de la mayor parte, distribuidas en aquellas regiones que de antiguo habían destacado en estos gustos eruditos, y entre los que sobresalen las ciudades andaluzas de Sevilla, Córdoba, Cádiz y Málaga, que por otra parte son hoy las mejor conocidas (p. 75-76). Destaca igualmente la proyección europea de algunas de estas colecciones, difundidas por afamados compiladores como Montfaucon, que vienen a paliar la escasa publicación de estos catálogos.

Por último se destaca la interrupción de ambiciosos proyectos anticuarios encabezados por las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando, como consecuencia de la Guerra de la Independencia, de la que también fue responsable la crisis socio-política y económica en la que ya estaba inmersa España a finales de siglo.

Coleccionismo, erudición y patrocinio real, son conceptos que encajan muy bien en la epigrafía y numismática, puesto que a su conocida importancia en el origen y desarrollo de los estudios anticuarios en Europa, hay que añadir la orientación particular que presentan en España, como exponen H. Gimeno Pascual e I. Rodríguez Casanova, respectivamente. En cuanto a las inscripciones (pp. 143-155) Gimeno Pascual destaca la importante labor desempeñada en España con anterioridad al ascenso al trono de Felipe V y la adopción del modelo academicista e ilustrado desarrollado primero en Francia. La fundación de la Real Academia de la Historia en 1738 ejerce una influencia decisiva en este nuevo proyecto, si bien no será hasta mediados de siglo cuando maduren grandes proyectos de recopilación y estudio en este campo que, sin embargo, quedaron inconclusos por

falta de medios, desavenencias personales y políticas, etc. En estas empresas destacan conocidos personajes como Gregorio Mayans, cuyo gran celo en el método epigráfico le valió también un gran reconocimiento en los círculos eruditos europeos (pp.145-146).

Se destaca en este panorama la contribución de diversas instituciones públicas, algunas menos conocidas como la Universidad de Cervera, de colecciones privadas donde la Epigrafía gozó de gran predicamento, como la cordobesa de Vilacevallos, así como la colección de Bruna, en los Alcázares sevillanos, ejemplo también del creciente interés por la protección y difusión del patrimonio. Las inscripciones, al igual que las medallas, se consideraban comprobantes fundamentales de una Historia de España cuya redacción era primordial en la política cultural borbónica. No es extraño pues que resulte casi imposible, y en realidad también equivocado, trazar una historia de las investigaciones epigráficas en este caso sin atender, como bien se hace en este y otros trabajos incluidos en este volumen, a las relaciones entre instituciones, proyectos y personajes que, de manera directa o no, contribuyen al progreso de los estudios epigráficos en España. Se hace hincapié en la labor de Fernando VI como patrono de los estudios del padre Flórez y en general del magno proyecto de un corpus dedicado a las inscripciones hispanas, recordando la gran cantidad de manuscritos que no fueron publicados pero que sí contribuyeron decididamente a las bien conocidas recopilaciones de Hübner en la centuria siguiente. A la labor destacada de las Academias de Buenas Letras de Barcelona y Sevilla, se añade también el avance en el estudio y crítica, sobre todo, de documentos epigráficos diversos y en no pocos casos sospechosos de errores y tergiversaciones (pp. 151-152).

Además de la presencia de “letreros” en la moneda antigua de España, la estrecha relación entre la Epigrafía y la Numismática se justifica también, entre otros muchos aspectos, en su

interpretación como documentos históricos de primer orden. I. Rodríguez Casanova (pp. 157-171), se ocupa de estas relaciones, donde se entremezclan las directrices emanadas de la Real Academia de la Historia, con figuras señeras de la investigación numismática de la época que como el padre Enrique Flórez y Luis José de Velázquez, marqués de Valdeflores, ejemplifican también la importancia del patronazgo real en los estudios anticuarios en España, como receptores de los intereses colectores y eruditos existentes en muchas regiones hispanas, a su vez articuladas en instituciones locales o regionales como las ya citadas Academias de Buenas Letras.

Pero con independencia de su tamaño y calidad —lógicamente también su coste—, las monedas antiguas o medallas eran uno de los principales, y en muchos casos también de los primeros, pasos en todo *cursum* coleccionista, ya se tratara de un personaje de la realeza como el infante Don Gabriel de Borbón, de un coleccionista erudito como el sevillano Leyrens, o de un académico de la de la Historia como Trigueros. La importancia de las colecciones reales queda de manifiesto en la antigüedad e importancia de la de la Biblioteca Real, creada por Felipe V, cuya trayectoria está ligada a grandes figuras de los estudios numismáticos como el padre Panel y López Bustamante. También se destaca la creación de una nueva colección en la Real Academia de la Historia, sin duda una de las más importantes por su orientación claramente dirigida a los estudios históricos (pp. 159-161), que en cierta medida quedan ilustrados en la introducción que a uno de sus inventarios lleva a cabo Miguel Pérez Pastor en 1759: *Discurso del Merito y Utilidad del Estudio de las Medallas*, se entiende que para la redacción de la Historia de España. La catalogación de este importante Monetario, verdadero núcleo del Gabinete de Antigüedades de la Academia, puede afirmarse que es un tema historiográfico en si mismo, resultando muy útil además para comprobar los avances en el

“método numismático”, pero al mismo tiempo también sus muchas lagunas (p. 162).

Este coleccionismo, público y sobre todo privado, tiene su mejor exponente en la literatura numismática que en forma de obras impresas, pero también de manuscritos no publicados pero difundidos de manera privada entre los círculos de estudiosos, proliferan en la segunda mitad del siglo XVIII. Además de destacar la conexión extrapeninsular de algunos estudiosos hispanos como Mayans, Pérez Bayer o la difusión de la obra de otros en la literatura numismática europea como es el caso de Doménico Sestini, cabe insistir en la particular orientación de los estudios numismáticos españoles, pues además de su interés por documentar, por ejemplo la toponimia de las ciudades hispanorromanas aprovechando las inscripciones monetales en las series romanorrepúblicas ..., se orientan decididamente al estudio de los conocidos como “alfabetos desconocidos”, o lo que es lo mismo al pasado prerromano. El *Ensayo* de Luis José Velázquez es uno de los ejemplos mejores en este sentido (p. 165), pues resulta evidente su conexión de intereses en el marco de su dilatada y conocida literatura anticuaria. Dentro también de estos intereses históricos que promueven el coleccionismo y estudio de la moneda española, cabe destacar también, aprovechando el ejemplo de Velázquez, el interés por la numismática medieval —o mejor ahora tardoantigua— que se centra en la moneda de los Reyes Godos (pp. 166-168).

En este mismo ambiente estudioso y coleccionista se enmarcan los primeros estudios sobre la numismática andalusí y en general medieval y moderna de España (pp. 168-171), donde, de nuevo, es necesario insistir en las estrechas y multiformes relaciones entre futuras disciplinas científicas, todavía saberes anticuarios, como la Epigrafía y la Numismática, así como muchos de sus principales interlocutores como M. Casiri o J. A. Conde entre otros.

Una gran vocación de los estudios numismáticos y epigráficos en España, fue el estudio de la geografía antigua, que junto a la cartografía histórica es abordada por C. Manso Porto (173-195). En efecto, las lápidas y medallas geográficas, como todavía se las conocía a mediados del siglo XIX, adquieren ahora un gran estima en los estudios anticuarios como queda de manifiesto en una de las obras más señeras de la época, la *España Sagrada* del padre Flórez, que entronca a su vez con el proyecto de la Real Academia de la Historia de escribir un Diccionario geográfico-histórico de España que compendiaría la literatura geográfica e itineraria antigua con los cada vez más crecientes testimonios arqueológicos (pp. 173-176). Este trabajo iniciado por Flórez sirve de pretexto para abordar el avance en la cartografía moderna sobre la España antigua, que ponen de manifiesto los diferentes mapas allí incluidos, de temática y alcance variado. El interés de la Real Academia de la Historia en esta empresa queda de manifiesto en las aportaciones a la Geografía de Estrabón del geógrafo Juan López, así como también en el Viaje de las Antigüedades de España de Luis José Velázquez, marqués de Valdeflores (1752-1754). Por último se hace especial mención a los trabajos de José Cornide, especialmente relevantes para el noroeste hispano.

La importancia de la obra de Velázquez, es en realidad el prototipo de un género en la literatura arqueológica española de la Ilustración, los *Viajes literarios*, de cuyo análisis se encarga J. M. Abascal Palazón (pp. 53-69), valorando los muchos y variados intereses que coinciden en estos proyectos en su mayor parte concebidos como empresas de Estado, recibiendo la protección y subvención pertinentes. Naturalmente uno de los más destacados es el repetidamente citado de L. J. Velázquez, que el autor analiza a partir de los comentarios historiográficos que sobre este tipo de empresas lleva a cabo José Cornide para justificar el viaje a Portugal, analizando también las citas y

ausencias intencionadas (pp. 55-62). La obra del marqués de Valdeflores es comentada tomando como eje sus objetivos, como base las órdenes —Instrucción de 1752— dadas por el marqués de la Ensenada, y sus resultados, aspecto este último destacado dada la gran cantidad de documentación todavía inédita o poco conocida.

Paralelamente al Viaje literario de Velázquez, se lleva a cabo también el de Francisco Pérez Bayer por Italia y más tarde los realizados por Andalucía y Portugal, entre 1782 y 1783, en los que se destaca su dispar formación en las materias anticuarias, destacando sobre todo en sus pesquisas epigráficas (pp. 62-64). Por su parte Antonio Ponz puede calificarse como un autor singular en este género, pues además de continuarlos tras su interrupción en la década de los años sesenta, supone un cambio importante en su planteamiento más artístico que arqueológico, siendo además destacable su financiación privada (pp. 64-66). Por último se analizan las figuras de José de Cornide del que cabe destacar su variada formación e intereses que sólo es posible valorar, como en otros muchos casos, atendiendo a la enorme obra manuscrita que se ha conservado. Sus viajes, al igual que los de los hermanos Villanueva, analizados en último lugar, se inscriben en los años finales del XVIII e inicios de la centuria siguiente, cuando nuevos aires vendrían a transformar este singular capítulo de la historiografía de la Arqueología en España.

Todas estas iniciativas y experiencias, que como se ha visto entremezclan las influencias ilustradas con antiguas y fuertes tradiciones de la anticuaría española, tienen como importante consecuencia también, en algunos casos novedosa en el ambiente europeo de la época, la ampliación de los períodos y objetos de estudio por parte de eruditos y anticuarios. Un interesante grupo de artículos pone de manifiesto el creciente interés por las etapas preclásica, tardoantigua y medieval de España, que también se amplía a

los territorios americanos. Así, M. de la Rasilla Vives (pp. 197-203) se ocupa de la atención prestada al estudio de la "España primitiva", cuyos primeros pasos combinan la colección de piezas singulares en las colecciones de Historia Natural, o bien la observación de manifestaciones de arte rupestre y el incipiente concepto de "lo primitivo" que de modo todavía rudimentario ponen de manifiesto figuras relevantes de la anticuaría andaluza como es el caso de Fernando López de Cárdenas, el "cura de Montoro", y sus exploraciones y anotaciones sobre las pinturas rupestres de Peña Escrita, en la Sierra de Fuen-caliente.

Pero no debe extrañar que López de Cárdenas interpretara dichas pinturas como obra de fenicios, egipcios o cartagineses, pues fue la etapa prerromana, donde también se situaba la existencia de los pueblos primitivos de España que apenas se conocían por las fuentes y sobre todo por las inscripciones y medallas con alfabetos desconocidos, la que concitaba el mayor interés. A. Mederos Martín (pp. 205-215) da cuenta de las antiguas interpretaciones sobre el pasado fenicio-púnico de España que, partiendo de una fuerte base literaria, como la temprana asociación de la Tarsis bíblica con Tartessos y la Bética, adquiere un mayor desarrollo en el siglo XVIII, apoyada en un estudio más riguroso de las fuentes como el que llevó a cabo Rodríguez de Campomanes en su conocido discurso sobre la marina de Cartago. No debería sorprender en este sentido la "actualidad" de algunas cuestiones todavía polémicas que aparecen ya conformadas en estos momentos, como la relación de Argantonio con los focos, la propuesta de identificar Tartessos con Gadir —retomando la anterior teoría de Horozco—, o sobre todo la relación de Gadir y otras colonias fenicio-púnicas respecto a Cartago (pp. 206-207). Mención especial merecen los hermanos Rodríguez Mohedano en cuanto al papel, reivindicativo, jugado por los fenicios en la Historia antigua de España. También jugó un papel determinante en estos estudios la

moneda antigua, tradicionalmente coleccionada y ahora muy valorada, sobre todo tras el desciframiento de la escritura fenicia por Barthelemy en 1764.

Pero también en este ambiente se producen los primeros y significativos hallazgos de yacimientos fenicios, necrópolis sobre todo, como las malagueñas de las desembocaduras de los ríos Vélez (Casa de la Viña) y Guadalhorce (El Retiro), que paradójicamente coinciden también con la consolidación de la arqueología fenicia España a partir la segunda mitad del siglo XX, gracias a las actuaciones del Instituto Arqueológico Alemán.

Por su parte R. Corzo y M. A. García (pp. 217-227) analizan los primeros pasos de otra disciplina arqueológica que despuntará en el siglo XIX como es la Arqueología cristiana. El interés por los textos y fuentes anteriores que se ocupaban del cristianismo antiguo en España, de marcado componente teológico, es poco a poco ilustrado por objetos y materiales antiguos, entre los que no faltan las temibles falsificaciones que la historiografía y anticuaria ilustrada se afanará por erradicar. En esta empresa hay nombres bien conocidos como la del agustino Enrique Flórez y su monumental *España Sagrada*, duramente criticada por autores contemporáneos como Mayans (p. 220), que en cierto modo ejemplifica los grandes problemas que planteaba la crítica ilustrada a las tradiciones contrarreformistas. Se analizan importantes colecciones como las ya citadas de Villacevallos en Córdoba o la sevillana del Palacio de Medinaceli, así como la trascendencia que para la recopilación y documentación de este tipo de materiales tardorromanos tuvieron los *Viajes Literarios*. Es también en este contexto cuando se producen grandes descubrimientos como el complejo basilical de Segóbriga (pp. 225-226).

A. Almagro Gorbea y J. Maier Allende (pp. 229-239), ofrecen un actualizado panorama sobre el redescubrimiento del legado anda-

lusí, tema hoy tan conocido, pero que como otros tantos tiene su punto de partida en la Ilustración española, tanto desde un punto de vista de la erudición anticuaria como también de la labor protectora desempeñada por la Corona, que se concretó también en los proyectos y estudios de la Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando. Sus importantes logros, entre los que como era de esperar tuvieron un papel determinante las monedas e inscripciones monumentales (pp. 231-235), se completan con el estudio y documentación de monumentos señeros como la Alhambra y la Mezquita de Córdoba en el que destacan Sánchez Sarabia, Hermosilla, Villanueva y Arnal. La difusión de estas antigüedades árabes de España se concebían también en clave político-cultural, acrecentando el prestigio de España que podía considerarse abanderada del naciente orientalismo que se asentaría en Europa en la centuria siguiente.

Estas nuevas ideas ilustradas y la mayor lejanía y perspectiva histórica que favorecen el estudio de la arqueología hispano-árabe, contribuyen también a la revalorización de las antigüedades hebreas, como analiza J. A. Eiroa Rodríguez (pp. 245-253). Además de la fuerte tradición literaria que se seguirá cultivando durante la época ilustrada, las inscripciones, monedas y, posteriormente edificios y vestigios arqueológicos, consolidan estos estudios de la mano de personajes bien conocidos como Francisco Pérez Bayer (pp. 246-251), Cándido María Trigueros o el desconcertante Juan José Heydeck.

Este repaso por la Arqueología Ilustrada entre Italia y España, necesariamente debía dar cabida a la experiencia americana, tan importante como desgraciadamente exótica en la historiografía española. P. Cabello Carro (pp. 255-279) dibuja las principales etapas del incipiente desarrollo de la arqueología americana, del que las colecciones heredadas de la del Real Gabinete resultan un buen exponente. Se da cuenta de la existencia de *Viajes Literarios* por tierras americanas,

ya en el primer tercio del siglo XVIII, donde destacan las figuras de Fray Juan de Talamanco y Antonio de Ulloa (pp. 258-261), así como las exploraciones en diferentes puntos de la geografía incaica y centroamericana. Se destaca también la valiosa colección de Franco Dávila y la creación del Real Gabinete de Historia Natural, así como las grandes expediciones que se desarrollaron a inicios del XIX, como la comandada por Guillermo Dupaix. Su valiosa documentación ha sufrido una dispersión considerable y, sobre todo, ha contribuido también a que se haya malinterpretado en la más reciente literatura no española, cuyos fundamentos hay que buscarlos asimismo en la proyección de la política cultural ilustrada a la "Ofir americana".

Esta interesante obra se cierra con dos trabajos de A. M^a Canto (pp. 299-331) y J. Maier Allende (pp. 333-360) que vienen a coincidir en la revalorización del reinado de Carlos IV y de la figura, denostada historiográficamente, de su valido Godoy, en lo que al fomento de los estudios anticuarios y protección de los monumentos arqueológicos se refiere. Abundando en planteamientos modernos como el de la "instrucción pública" o insistiendo en el carácter novedoso de la Real Cédula de 1803, queda de manifiesto cómo España, al igual que otros países europeos, desarrollará a lo largo del siglo XIX nuevas políticas de protección del patrimonio histórico-arqueológico.

Una bibliografía general, o común a todos los trabajos aquí reseñados (pp. 363-391) y dos índices, uno onomástico (pp. 395-405) y otro de lugares e instituciones (pp. 407-412), imprescindibles en una obra de estas características, completan esta importante aportación a la Historiografía de la Arqueología Española durante el siglo XVIII. ■